

GALERIA DE PINTURAS.

ESCUELA FLAMENCA.



(Toro rendido por Perros.—Cuadro de Pablo de Vos.)

Dos cuadros hay en el Real Museo que representan un toro rendido ya por algunos perros, que le han acometido: uno de Snyder, el pintor que acaso ha sobresalido mas en este género; otro de Pablo de Vos, que es el actual, y que por cierto no desdice del pincel de su compañero; tal es la expresion en los ademanes de los brutos, y la frescura y naturalidad del colorido. Lo que figura es esto. En una frondosa cañada, en terreno húmedo, junto á lagunas donde se cria el nenúfar y otras plantas acuáticas, varios perros embisten á un toro pio, sin duda el mas valiente de la torada. Impele á los unos su natural fiereza: el otro, de suyo pacífico como animal rumiante, pero corpulento, forzado, de esquivia condicion y con armas agudas y temibles, se irrita y apercibe á la pelea. No le es difícil arrojar al suelo al primero de sus contrarios, que derribado se defiende en vano con las uñas, y ladra rabioso. El fornido bruto se le echa encima; pero es imposible que resista al número de los enemigos. Dos de ellos mas afortunados y atrevidos le asen de las orejas, el toro se sacude con violencia; los otros siguen

veloces sus movimientos, favorecidos de la ligereza y flexibilidad de sus cuerpos; y lejos de soltar la presa, mas y mas se ceban en él, y le martirizan con los dientes. Otro ademas le muerde en la pierna, y otro viene por detrás corriendo para arremeter por su parte. El infeliz animal, cuyo único destino debió ser propagar la especie mas útil al hombre, y ser en adelante la esperanza y apoyo del laborioso agricultor, empeñado en el vigor de su edad en desigual lucha, rendido ya al tormento que le causa la crueldad de sus adversarios, estira los miembros, alza la cola, dóblase y cae sobre los pies delanteros, brama furioso, y sin poderse valer de las astas, con los ojos encarnizados y furibundos quisiera vengarse, y eniquilar á sus verdugos. Esta composicion, aunque solo de irracionales, es muy animada; el grupo bueno, las bestias fogosas, las actitudes vivas, el dibujo correcto, el colorido bello, la ejecucion con libertad y maestría. Es admirable el arte con que se indican hasta los movimientos y las voces de los animales. Está en lienzo, y tiene de alto 5 pies y 7 pulgadas, ancho 7 pies y 2 pulgadas.

NOVELAS.

LA ESPADA DEL REY PELAYO.

NOVELA HISTORICA (I).

III.

Veinte años antes de los sucesos que vamos refiriendo, había en Milan establecida una familia de armeros, poderosa por su prestigio, é incalculables riquezas. El gran Duque, que era por entonces Galeacio Visconti, la sostenía, no sabemos si por miedo, ó afeccion, con todo su poder é influjo. Los tres hermanos Spalazzi, que eran los jefes de aquella familia poseían casi la mitad de todas las fábricas de la ciudad, habiéndose valido de las mayores intrigas para abatir á los pobres artesanos, y fundar sobre sus ruinas el edificio de su prosperidad. El mas jóven de los Spalazzi era al propio tiempo el mas orgulloso y odiado de los tres hermanos, llevando su insolencia hasta el punto de permitir, que su muger disputase el paso á las señoras mas notables de Milan.

Por aquella época la reputacion y buen nombre de las armas blancas de Toledo era ya europea, y casi proverbial; rivalidad que hacia gran sombra á los productos de los talleres de los Spalazzi. Para ver estos si podian acabar con el prestigio que les dañaba, mandaron emisarios á España, con encargo espreso de insultar y desafiar á los armeros toledanos. Esta especie de carteles de reto, ya porque no llegasen á su destino, ya porque hubiesen sido mirados con desprecio, no habian, hasta entonces, sido contestados, cuyo silencio daba alas á los Spalazzi para desacreditar á los armeros de Toledo.

Milan, lugar célebre en otro tiempo por sus justas y torneos, ya hacia muchos años que no gozaba de tan singular espectáculo, de cuya falta el pueblo y la nobleza se quejaban, y mucho mas el gremio de los armeros, que sacaba de estos juegos una ganancia segura en la venta de sus arneses y espadas. Los Spalazzi para hacerse populares ofrecieron al Duque el pagar de su bolsillo, cuantos gastos se originasen en un torneo, á lo cual se avino el Príncipe; pero los peticionarios pusieron luego por condicion de su desprendimiento, el que todas las armas y pertrechos que hubieran de usarse en dicha fiesta fuesen producto de sus fábricas, y ademas el que cada campeón del torneo rompiese por lo menos cinco lanzas, no en memoria y recuerdo de su pais ó de su dama, sino en honor de los armeros de Milan, como los primeros y mas hábiles del universo. Indignado el Duque al oir semejante proposicion rehusó al principio dar su consentimiento; mas los Spalazzi eran muy poderosos, y su oro hizo mas accesible á Visconti. El torneo fue publicado, mas á pesar de el lujo y magnificencia que se desplegó en esta ocasion, fueron muy pocos los es-

trangeros que acudieron al llamamiento. Varios rompieron sus lanzas sin conseguir el perjudicar á los aceros de Milan. Los sostenedores hicieron regularmente su deber, y los Spalazzi ya creyeron su fama asegurada, y destruida por siempre la rivalidad de los armeros toledanos.

Algunos dias antes de este paso de armas, comercial mas bien que caballeresco, un extranjero de humilde apariencia llegó á Milan, y se alojó en una fonda retirada. Su edad seria como de unos 30 años, y las facciones del rostro y sus maneras indicaban al punto su procedencia española. Aunque sencillo, su trage tenía cierta elegancia, y en toda su persona se notaba un aire de valor indomable, pero calmado y reflexivo.

El extranjero había presenciado el torneo con un silencioso interés; tan solo al escuchar las baladronadas de los hermanos Spalazzi, sus labios se contraían con sonrisa irónica y despreciativa, y su mano temblorosa se dirigia, como maquinalmente, hácia un objeto, que oculto con los pliegos de su capa, se hallaba colocado al lado izquierdo de su cintura. Cuando los heraldos anunciaron que era llegado el ultimo dia del torneo, notaron algunos en el extranjero un particular esmero en su trage y atavíos. Su capa era distinta, así como el sombrero, adornado con plumas nuevas, y pendiente de un bordado tahalí, le colgaba una espada del trabajo mas esquisito, tersa y reluciente como el brillante espuesto á los rayos del sol. Desde por la mañana de aquel dia, mezclado con la turba de curiosos, presenció en silencio el espectáculo; pero cuando el último campeón dió vuelta al campo con visera alzada, el extranjero saltó de un brinco la barrera y repentinamente se apareció con asombro de todos en medio de los actores de este drama caballeresco.

Desde luego se dirigió á Bartolomé Spalazzi, que se pavoneaba orgulloso, montado en un soberbio alazan.

—Maestro, le dijo, tened entendido que vengo de España con encargo de contestar á los mensajes que en ocasiones diferentes habeis mandado á aquel pais.

—¿Y cual es esa contestacion, respondió con aire indiferente Spalazzi?

—Hela aqui, repuso el español, sacando su espada. Mala peste para los aceros de Milan; los armeros de Toledo no los querrian ni aun para herraduras de sus bestias.

—Qué risa! exclamó Bartolomé, el lance es curioso; he aqui llegado el momento de humillar de una vez á estos pordioseros de Castilla. Señores, dijo dirigiéndose á los jueces del torneo, la fiesta no se ha concluido; este caballero parece que desea ganar su prez; sin duda vendran en su pos los pajes con su armadura, y el caballo de batalla. ¡Ola! vengan otros caballos y lanzas, que el combate se va á principiar de nuevo. El Español con todo cuidado no habia interrumpido las irónicas palabras de Spalazzi.

—Maestro, á nombre de mis compañeros los armeros de Toledo, contestó el recién venido, yo os arrojo el guante de desafio, sin necesidad de armadura ni caballos. Que los caballeros combatan lanza en ristre, está muy bien, pues dan con eso una prueba de

(1) Véase los números anteriores.

su noble valentia: á nosotros, si no me engaño, no nos hace falta darla, si no de la escelencia de nuestras respectivas obras, y por lo tanto mi sola espada se probará en vuestra armadura.

Un murmullo sordo de admiracion se dejó oír entre todos los circunstantes, al escuchar este reto singular.

—He aquí mi arma, continuó el castellano blandiendo su espada, que despedía á los rayos del sol los mas vivos resplandores. He aquí mi arma, escojed la mejor coraza y mas impenetrable cota, y que Dios nos ayude: al fin del combate uno de los dos dejaremos de existir.

Bartolomé se estremeció al escuchar estas últimas palabras.

—Es un pobre loco contestó; y llamando á sus criados, entraron estos en el campo, con intencion de arrojar de su recinto al castellano; pero la multitud que presenciaba el espectáculo se opuso á semejante atropello, y al ver el continente fiero pero sosegado del extranjero, un clamor general dejó entreoir estas palabras.

—¡Que se permita decir y obrar al español!; justicia! justicia!

—Maestro, repuso entonces el castellano con la mas fria impassibilidad, vos segun veo finjis no comprenderme. Yo lo que digo es, espada contra armadura y no hombre contra hombre; Dios juzgará entre aquellas; mi vida ó la vuestra será la apuesta del combate.

—Acepto, interrumpió precipitadamente Spalazzi, juro por mi patron que el loco llevará su recompensa.

—Esto va á ser un asesinato, digeron entre si unos caballeros que habian escuchado el desafio. Amigo mio, repuso uno de ellos dirigiéndose al extranjero, volveos á vuestra tierra, que si la vida es para vos una carga insoportable, no faltarán en ella sarracenos en que emplearla, pero aquí vuestra muerte es tan inútil como cierta.

—Gracias por vuestra compasion, caballero, repuso el español; y en seguida dirigiéndose á Bartolomé: vamos, que es tarde, yo os espero.

Pero este, asombrado con la fria serenidad del castellano, afectando una compasion que no sentia, hizo ademán de retirarse.

—Maestro Spalazzi, gritó en alta voz el extranjero, yo os declaro por cobarde en la presencia de todos. Yo dejaré á Milan; pero antes de volver á mi patria, ha de saber el mundo entero que los armeros de Milan se avergüenzan de sus obras.

No bien habia acabado de pronunciar estas últimas palabras, cuando Bartolomé, en quien la avaricia dominaba al temor, exclamó encolerizado:

—Acepto el desafio; tan solo exijo una hora para prepararme á la lid.

Durante su transcurso, encerrado aquel en su tienda con sus hermanos, estuvo probando una despues de otra sus mejores armaduras. Por último escojió una sobre cuyo peto se habian roto dos magníficas espadas, sin que el acero conservase la mas pequeña señal de

tan redoblados golpes, y con esta seguridad salió al campo, sin que en su faz se notase la mas pequeña duda de un éxito favorable.

Mientras tanto, el extranjero retirado en otro departamento, se arrodilló devotamente, y oró en voz alta ante una imagen de Nuestra Señora; un heraldo que acababa de llegar del Palacio ducal trajo la autorizacion del soberano. Una especie de tablado se construyó de pronto en medio de el campo, al que subieron al mismo tiempo ambos campeones por escaleras opues as.

Despues de los juramentos de costumbre, los heraldos proclamaron el nombre de D. Juan Diaz de Albuna, noble hidalgo de Castilla. Innumerables aplausos de la multitud agrupada saludaron este nombre; el de Spalazzi fue escuchado con el mayor silencio.

Ambos campeones estaban esperando la señal á tres pasos de distancia, Bartolomé no llevaba arma alguna ofensiva; pero muy cerca de él, se alzaba una espada enclavada por la punta en los tablonés, dispuesta á hacer su oficio siempre que la de Juan Diaz no cumpliese con el suyo.

Los concurrentes á tan singular espectáculo estaban atónitos, pues todas las probabilidades se encontraban á favor del italiano. La armadura estaba forjada á toda prueba, y aunque en ella hubiese algun defecto, las condiciones del cartel presentado por Juan Diaz eran claras y terminantes, pues habia prometido traspasarla por el lado por donde encubria el pecho, que era naturalmente el mas sólido é inatacable, y de este modo todos los espectadores deploraban la temeridad del extranjero, y rogaban al cielo por la salvacion de su alma. Los heraldos dieron la señal. Juan Diaz adelantó un paso y alzó su brazo;—¡San Gil, por los armeros de Toledo! exclamó con voz clara y entera, y en seguida descargó el golpe sobre el peto de Spalazzi.

Todos los circunstantes guardaban el mas profundo silencio sin atreverse á respirar, y á pesar de eso apenas se oyó el choque del acero contra la armadura. Esclamaciones de triunfo salieron de la parte donde se habian situado los hermanos de Bartolomé, pues este se encontraba firme en su puesto. Juan Diaz permaneció inmóvil y cruzados los brazos, con su cabeza erguida y su mirar impassible.

Al ver esto, el mayor de los Spalazzi subió rápidamente al tablado, y tomando la espada que en él estaba fija, se la alargó á su hermano gritando:—¡Que la justicia se cumpla!

En este mismo instante Bartolomé hizo algun movimiento, y á poco cayó inanimado sobre el pavimento, que retumbó al golpe de una masa tan pesada.

—La justicia se ha cumplido, contestó Juan Diaz. Y en seguida bajó con lentitud, y se mezcló entre el concurso. Un aplauso estrepitoso y sostenido se escuchó por todas partes. El pueblo se apoderó del vencedor, y le condujo en triunfo hasta el palacio ducal.

Mientras esto sucedia, varios caballeros y algunos de los curiosos que se hallaban cercanos, subieron al tablado. El mayor de los Spalazzi alzando el

cuerpo de su hermano, andaba buscando la junta por donde el extranjero pudiera haber causado la herida, pues aun no podía creer que un trozo de acero pudiese de traspasar parte á parte una tan fuerte armadura. Bartolomé habia caído boca abajo y al volver su cadáver, la verdad se hizo patente. Juan Diaz habia traspasado la parte céntrica del peto. A la altura del pecho una abertura practicada, cual si lo hubiera sido con lima, correspondia á una profunda herida, de donde salian borbotones de sangre, de modo que no solamente Bartolomé habia muerto, sino que su matador, por haber cumplido exactamente las leyes del combate, se encontraba al abrigo de toda persecucion legal. A pesar de esto los Spalazzi llenos de rabia y despecho, atribuian lo sucedido á hechiceria, y anunciaban las mayores represalias, á tiempo que el clamor popular anunciaba que la turba regresaba del palacio ducal.

Este acontecimiento vino muy á tiempo para dar ocasion de abatir el ilimitado orgullo, que solo por sus riquezas formaba el carácter principal de los hermanos Spalazzi. El gran Duque Vizconti, que no deseaba otra cosa, aprovechandose del entusiasmo popular y aparentando una precision á ceder á las exigencias de todos, espidió un mandamiento de destierro contra dicha familia, y la plebe por tanto tiempo contenida, se tomó por si misma el papel de ejecutora. Los palacios suntuosos de los condenados fueron entregados al pillaje, sus fábricas demolidas, y sus personas mismas vergonzosamente arrojadas del recinto de Milan; mientras que por el contrario Juan Diaz, huésped en el palacio ducal, veia prolongarse su obacion durante algunas semanas. Al cabo de ese tiempo colmado de honores por el pueblo, y de presentes por el Duque, se despidió para España.

Juan Diaz, lleno de júbilo, y regocijandose de antemano con la idea del triunfo que le esperaba en el barrio de los armeros de Toledo, tomó su camino por Francia, llevando consigo, como un insigne trofeo, la armadura del vencido. Su mayor impaciencia por regresar á Toledo consistía en el deseo que tenia de restituir á la Virgen la alhaja, que el héroe de Covadonga le habia en su obsequio dedicado. Juan Diaz, ciertamente, joven á aquella sazón y no pudiendo soportar las continuas brabatas de los artesanos milaneses, habia con efecto arebatado, del sitio donde se hallara, la espada del Rey Pelayo, con la que dió gloriosa cima á su singular combate; pero siendo como era buen cristiano y temeroso de Dios, en justo agradecimiento, queria igualmente partir con Nuestra Sra. los magníficos presentes que recibiera del Duque, cual debida expiacion á su atrevido proceder.

Con este objeto hacia su viage en calidad de peregrino, visitando Iglesias y monasterios, y no olvidandose nunca de dejar alguna ofrenda en los altares de la Virgen.

Llegó á España con toda felicidad, y en Valencia se hospedó en el convento de S. Francisco, donde fue recibido por aquellos religiosos con la mayor cortesania y agrado, tanto que el buen armero se decidió

á tomar en aquel asilo algunos dias de reposo. Mas de una vez, durante este tiempo, habia examinado nuestro hombre los muchos dibujos y relieves que en gran cantidad contenian las dos caras ó exteriores superficies de la espada de Pelayo; mas como su instruccion era limitada tan solo á los secretos de su oficio y profesion, nunca pudo llegar á comprender ni menos descifrar una inscripcion oculta, que aquella entre sus mil adornos encerraba. Uno de los religiosos, que por aquella sazón fue el confesor de Juan Diaz, examinó el arma con el mayor cuidado posible, y despues de contemplarla por largo tiempo en silencio:

—Hijo mio, le dijo. Yo no soy sino un pobre mendicante, y vos me apareceis, como un rico y noble caballero; mas á pesar de eso, no cambiaria, si posible fuera, mi destino con el vuestro, pues con vos mismo llevais el instrumento de vuestra muerte.

El armero retrocedió algunos pasos lleno de espanto. La antigua tradicion de la espada se presentó de lleno á su imaginacion, y aunque valiente para cualquiera lance comun, era lo mas tímido respecto á ese misterioso anuncio que encerraba una sentencia celestial é irrevocable.

—Herido sea por mí el que conmigo hiera, repitió con cierto énfasis el fraile; hijo mio vos habeis causado herida con ese acero, leed, y vereis vos mismo el destino que os aguarda.

Aunque Juan Diaz no era un lector aventajado, su espanto y situacion le hicieron notar los fatales caracteres, ocultos para el, hasta la ocasion presente; y al ver con sus propios ojos confirmado el vaticinio, postrado en tierra se dió golpes de pecho, y á muy poco abandonó el convento, no sin haber antes implorado las oraciones de sus moradores.

Desde aquel suceso desapareció en un todo su alegría. Ya no se apresuraba por llegar á Toledo, y restituir la espada al sitio que antes ocupaba, pues de ese modo otro pudiera arrebatarla, y con eso verificarse el oráculo. Mas de una vez pensó en arrojarla en lo profundo de un rio, ó en los abismos de un precipicio espantoso; pero un hombre podia casualmente encontrarla, y este hombre pudiera ser su asesino. Por último, despues de mil reflexiones, se decidió á ocultar con el mayor cuidado el misterioso acero, teniendole siempre en su poder y pertenencia, algo satisfecho con su resolucion.

—Sin duda haré que salga falsa la temible profecia, antes moriré que la espada llegue á manos de ninguno; decia para si con cierta especie de sosiego y tranquilidad, que no habia disfrutado en muchos dias.

Cuando Juan Diaz salió de Toledo no era mas que un simple aprendiz; cuando volvió, gracias á los regalos del gran Duque, pudo comprar una forja que con el tiempo fue una de las mas considerables, con lo cual llegó á ser rico, y á obtener por su buen porte, y el respeto que infundia, el primer lugar entre sus compañeros de industria.

Tranquilo en la posesion del objeto que causaba todos sus temores, no habia creído hasta entonces ni podia figurarse el que nadie pensase en arrebatarle lo

que con tanto esmero ocultaba; pero en la época á que se refieren estos sucesos, una particular circunstancia despertaba continuamente sus recelos, y mas de una vez al dia abria tímidamente el armario que encerraba el peligroso tesoro, cuya sola vista era capaz de tranquilizar á su razon inquieta, y mas que nunca asustadiza.

Ya podrá adivinar el lector los motivos de la predileccion que para el anciano maestro tenia su aprendiz el italiano Marco. Juan Diaz, durante 19 años, habia guardado el mas profundo silencio sobre su viaje á Milan, y así se alegró de hallar ocasion de referir (sin peligro á su parecer) una parte del secreto tan cuidadosamente ocultado hasta entonces. Marco era italiano, hablaba siempre de Italia; Juan Diaz al escucharle sentia renovarse su entusiasmo y valor primero, y tomando á su turno la palabra, al momento se referia á uno de sus mas caros, pero temibles recuerdos.

Por lo que toca á la familia de Spalazzi, despues que los Milanese acabaron de una vez con su poder y fortuna, ya no quedó otro recurso á sus individuos que vagar errantes por los diferentes Estados de Italia. Los dos hermanos mayores dieron fin á su existencia en una pequeña aldea, legando á su sobrino, hijo del mismo Bartolomé que habia sido muerto en el torneo, su odio y deseos de venganza.

Este jóven habia estado siempre bajo el cuidado de su madre Fausta Spalazzi, muger orgullosa y vengativa, y cuyo corazon estaba devorado por un odio sin límites hácia el matador de su esposo.

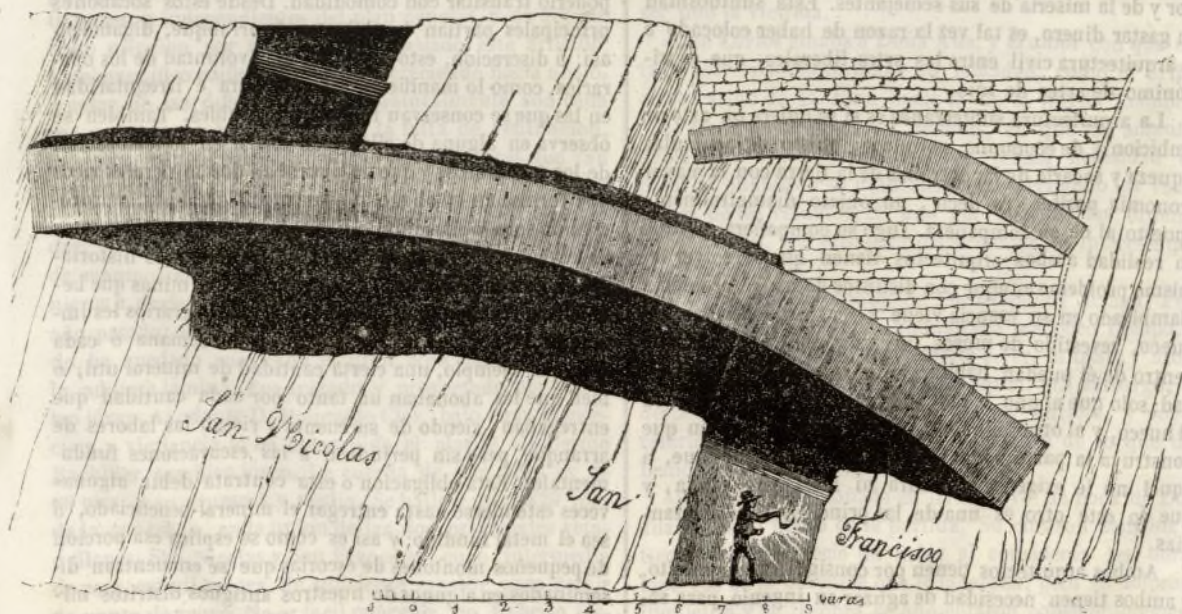
Desde el momento en que su hijo se halló en estado de comprender, le refirió su madre el desgraciado fin de su padre Bartolomé, presentándole á su vista como el mas horrible asesinato, para mejor infundir

en su tierno corazon la pasion de la venganza que sin cesar la dominaba.

Inmóvil se quedó el jóven al escuchar por vez primera tan lúgubre relacion; pero de toda ella una circunstancia tan sola pareció herir vivamente su imaginacion, y esta era la del arma encantada y espada maravillosa, á la cual ninguna armadura pudiera resistir. Fausta conoció que aun no era llegado el tiempo de conseguir su fin, y al cabo de dos años renovó sus tentativas, y sucedió lo mismo. Toda la atencion del jóven se reconcentraba en el único pensamiento, de que en el mundo existiese un arma que, aun manejada por un niño, pudiese abatir el orgullo del hombre de mas valor. Su madre, llena de rabia al ver la frialdad del que ella destinaba como instrumento para conseguir sus fines, se puso á estudiar con calma el carácter de su hijo, y cada vez encontraba mas motivos para desconfiar de su persona.—¿Es posible, decia, que una tan bella figura encierre un alma tan vil y tan cobarde?

A pesar de todo no perdió las esperanzas, y se retiró á Venecia, donde colocó á su hijo en casa de un armero, en cuya profesion hizo á poco tiempo notables adelantos. En medio de esto, la viuda de Bartolomé Spalazzi dirigiendo todos sus esfuerzos á un objeto, á fuerza de constancia y trabajo fue poco á poco infundiendo en el jóven un aborrecimiento sistemático, mas bien que de corazon, hácia el matador de su padre. Otro sentimiento ademas le impulsaba por otro lado á desear el encontrarse en presencia de ese hombre; sentimiento vago, pero constante y poderoso, cuyo origen, hijo de sus primeras impresiones, ya conocerán nuestros lectores por lo que va referido, y mucho mejor por lo que se dirá despues. (Se continuará.)

CIENCIAS NATURALES.



Arco en la union de las vetas San Nicolás y San Francisco, por bajo del sétimo piso, en las Minas de Almadén.

Los arquitectos de la superficie ejecutan sus obras á la vista de todo el mundo, y el que se distingue en su profesion adquiere una justa nombradía que recompensa, mucho mas que todo el dinero que le puedan dar, las fatigas y desvelos que ha pasado para poner en ejecución su proyecto. La gloria de un artista no solo no se puede pagar, no se puede tasar con dinero. No quiero hablar de esos suntuosos y magníficos templos y palacios de la antigüedad, que no han podido acabar de destruir ni la serie de los siglos, ni las arenas de los desiertos, ni la mano aniquiladora de la ignorancia; como eran tan grandes, siempre queda algun chapitel, alguna escalinata, algun trozo de cúpula que revela y atestigua á la posteridad el gran ingenio del artista: hablo solo de un pequeño edificio; de una sencilla fuente, de un pequeño monumento; todos los que pasan por allí lo miran y lo examinan, y si tiene algun mérito ó alguna novedad lo alaban, y el nombre del arquitecto corre de boca en boca y de gente en gente.

No sucede lo mismo en las construcciones subterráneas; nadie las vé sino el que hace una excursion expofesa, y que ya tiene noticia de ellas de antemano; y aun muchos de los inteligentes que serian voto para juzgarlas no tienen la intrepidez suficiente para meterse debajo de tierra, en donde por otra parte, si la obra es algo grandiosa no hay luz para que haga su efecto, hay que mirarla al reflejo de un miserable candel, á menos que no se ponga una iluminacion general, lo cual no se acostumbra sino con motivo de la visita de un principe ó de algun alto personaje.

La arquitectura civil ó del exterior admite lujo y suntuosidad, tiene campo donde estenderse, porque ademas del terreno tiene todo el aire á su disposicion; puede por consiguiente esplayarse y satisfacer el capricho de un hombre, que trata de hacerse memorable derramando los tesoros, que ha acumulado á costa las mas veces del sudor y de la miseria de sus semejantes. Esta suntuosidad en gastar dinero, es tal vez la razon de haber colocado á la arquitectura civil entre las artes liberales, que es sinónimo de artes de lujo.

La arquitectura subterránea es si se quiere un arte de ambicion y de economia, porque su objeto es acumular riqueza y sacarla de las entrañas de la tierra con la mayor economia posible, es decir, un objeto diametralmente opuesto al de su compañera. Digo su compañera, porque en realidad ambos arquitectos tienen que resolver el mismo problema aunque con distintos datos: el problema alambicado en su esencia viene á ser, proporcionar un hueco, revestido de muros fuertes y sólidos, para que dentro de él puedan habitar hombres con toda seguridad; solo que al uno le dan todo sólido y le piden abra el hueco, y al otro se lo dan todo hueco y le dicen que construya la parte sólida; con la añadidura de que, á aquel no le exigen hermosura ni bella perspectiva, y que en este otro es una de las principales circunstancias.

Ambos arquitectos tienen por consiguiente su mérito, y ambos tienen necesidad de aguzar su ingenio para satisfacer los deseos de los *Señores de obra*. El mérito de los arquitectos superficiales está á la vista de todos,

el mérito de los arquitectos subterráneos es el que yo quisiera dar á conocer.

Los Romanos no conocieron la arquitectura subterránea de las minas: es cierto que abrieron grandes pozos y larguissimos y estrechos socabones, pero sin ninguna clase de fortificacion ni revestimiento. En Riotinto, donde trabajaron de un modo tan gigantesco, se reconocen todavia varios socabones suyos, y un pozo maestro de dimensiones enormes; pero obras de fortificacion, solo se han encontrado algunas entibaciones en cañas de disfrute; lo mismo sucede en Sierra Almagrera.

Los Romanos han sido célebres por sus magníficos aqueductos para abastecer de agua potable las poblaciones; recogian los manantiales á mucha distancia y conducian el agua por la superficie del terreno, teniendo algunas veces que hacer grandes obras para no perder el nivel al atravesar los valles. Los Arabes buscaban el agua por debajo de tierra, cuyo sistema es el que se sigue todavia en Madrid, y como que estas son obras que exigen permanencia y duracion, se suele encontrar en ellas algo de arquitectura.

Desgraciadamente no poseemos del tiempo de los romanos ningun documento que describa detalladamente alguna de las grandisimas escavaciones que verificaron en nuestro terreno, para sacar el oro y la plata que ostentaban en sus triunfos. Sin embargo, por lo que yo tengo observado me parece poder inferir cual era la base principal del método que seguian en sus escavaciones subterráneas. Prescindiendo del descubrimiento del criadero, que siempre es debido á una casualidad, por cuenta del conquistador ó del dueño de la empresa se abria un gran pozo, para servir de centro comun á todas las labores, y hacer por él las principales estracciones; ligados con este pozo maestro, abrían uno ó mas socabones de mas ó menos longitud, segun lo permitia la configuracion del terreno, pero siempre de dimensiones suficientes para poderlo transitar con comodidad. Desde estos socabones principales partian las labores de arranque, digámoslo así, á discrecion, esto es, á la buena voluntad de los operarios, como lo manifiesta su estrechura é irregularidad en las que se conservan todavia transitables. Tambien se observa en alguna de ellas poco orden en la colocacion de los escombros, y que no apuraban los minerales ricos que formaban el objeto de las investigaciones, aprovechando solo lo mas limpio y mas florido. Tanto por estas observaciones como por lo que indican algunos historiadores, parece claro que, en muchas de las minas que beneficiaron los romanos, á cierta clase de operarios les imponian la obligacion de entregar cada semana ó cada mes, por ejemplo, una cierta cantidad de mineral util, ó bien que les abonaban un tanto por cada cantidad que entregaban, siendo de su cuenta y riesgo las labores de arranque, pero sin perjudicar á las escavaciones fundamentales. Esta obligacion ó esta contrata debia algunas veces estenderse hasta entregar el mineral beneficiado, ó sea el metal fundido; y asi es como se explica esa porcion de pequeños montones de escorias que se encuentran disseminados en algunos de nuestros antiguos distritos mineros.

Este orden de hacer escavaciones, y sobre todo, la

apertura de los pozos maestros y los socabones generales para la comodidad y seguridad de los trabajadores, se pueden considerar como los primeros pasos dados en el difícil arte de la arquitectura subterránea. Después ha venido el resistir á los empujes con la entibiación ó fortificación de maderas, y por último las construcciones de mampostería trabada, tanto en muros como en arcos parciales y en bóvedas generales.

En cuanto á construcciones subterráneas de mampostería no conozco nada que pueda siquiera compararse con las ejecutadas y que se están ejecutando en Almadén. En otras partes hay algunos muros de sostenimiento, y hay socabones perfectamente revestidos con bóvedas elípticas de varios centros; pero aquí es remplazar, digámoslo así, el inmenso hueco que resulta de arrancar todos los años más de 200 mil quintales de roca, con un edificio de mampostería, sostenido sobre diferentes arcos de cuatro varas de longitud, y atravesados en todo lo ancho del filón. Este método de laboreo lo introdujo y estableció D. Diego de Larrañaga á principio del siglo corriente, habiéndolo perfeccionado después los sucesivos directores facultativos de aquel establecimiento, hasta el punto que, en el día están tan diestros aquellos alarifes (albañiles de mina) que la fortificación de mampostería resulta más económica que la entibiación. Daremos en pocas palabras una idea de lo que son aquellas obras.

Sobre cada uno de los arcos que hemos indicado y que vienen á ser el cimiento de cada piso ó galería, se elevan muros de mampostería que suben hasta enlazarse y formar cuerpo con los respectivos arcos del piso superior, resultando por consiguiente unos muros ó mazizos más elevados y más gruesos que las paredes del palacio de Isabel II. De estos muros, que allí se llaman obras, hay más de 30 en las diferentes ramificaciones de aquel criadero, y en todos ellos hay unos huecos con su bóveda correspondiente para permitir el paso y formar los pisos. Además hay otras construcciones de mucho mérito, que son independientes del plan general, y de que no hago mención por no alargar demasiado este artículo. Este magnífico edificio vá siempre creciendo hacia abajo, á pesar de las dificultades, que naturalmente son cada vez mayores con la profundidad, la falta de ventilación, la abundancia de aguas, y las mayores anchuras que van presentando los filones.

A medida que se han ido viendo los buenos resultados, y la consistencia y seguridad que ofrecen los arcos de mampostería, se han ido atreviendo nuestros ingenieros á darles mayores dimensiones. En Diciembre del año pasado, siendo Director facultativo D. Casiano Prado, ha quedado concluido el gran arco que representa la adjunta lámina. Fue trazado y proyectado por nuestro joven Ayudante D. Policarpo Cías, bajo cuya inspección y vigilancia lo ha construido el alarife Guillermo Bächiller, también joven. La cuerda de este arco es de 69 pies, y su grueso 4 y medio. Se halla á unos 820 pies de la superficie, en la unión de las dos principales vetas ó filones, San Nicolás y San Francisco, cuyo intermedio de roca estéril no era de suficiente espesor para servir de punto de apoyo. No es fácil concebir, sin haberlo visto, como se puede construir un arco de tales dimensio-

nes á tanta profundidad, y sin tener espacio donde revolverse. Ahora se vá á construir otro arco mayor todavía. La mina de Almadén merece visitarse por sus mamposterías. En las minas ricas del filón Jaroso en Sierra Almagrera, espero que también habrá con el tiempo algo que llame la atención de los inteligentes; ya hay construidas unas cuantas varas de bóveda, y algunos arcos de dimensiones bastantes regulares.



JOAQUIN ESQUERRA.

COSTUMBRES.

LOS DOS ESTUDIANTES (1).

«Esta era la situación de D. Carlos, Señores, porque no hay sentimientos más fuertes, ni pasiones más violentas que aquellas que alimenta un carácter pensador y sombrío en la soledad de su retiro, haciendo exclusiva esención de todo otro objeto que no sea el de su anhelo, y poniendo en él toda su dicha y felicidad. ¡Qué espuesto es, amigos míos, tocar tan peligroso extremo con las mugeres! Yo os aconsejo, autorizado por la experiencia y los desengaños que son consiguientes á mi edad, que huyais de este escollo, como huye el bajel del banco de arena donde infaliblemente ha de naufragar. Los padecimientos que entonces experimenta el corazón, esos padecimientos que el mundo califica muchas veces de ilusorios y pueriles, son una muerte desesperada y lenta, una ponzoña que consume la vida, y que deja al hombre aislado y solo sobre la tierra, aunque viva en medio de sus semejantes. No penseis hallar en el amor mutua é igual correspondencia. Esa unión apetecida es vana. Lo que sucede con frecuencia es ligarse dos corazones para ser uno la víctima.

«Don Carlos amaba á Doña Ana, y el amor con que esta le correspondía formaba su felicidad, como el artificioso cariño de D. Juan hacia la de la infeliz Leonor.

«Pero llegó el momento, Señores, en que los amantes debían de separarse. Entrambos tenían necesidad de pasar al pueblo de su naturaleza, aprovechando las vacaciones de los estudios; el uno por cumplir las órdenes de sus padres, y el otro para inspeccionar los intereses que había heredado.

«La noche de la separación fue violenta y aciaga. Perder el objeto que se ama, aunque sea por poco tiempo, y con la grata esperanza de volverlo á ver, es triste y atormentador para el que solo respira por él. Sin embargo, la despedida de los amantes fue varía y curiosa, y voy á referiroslo, porque ella podrá daros idea de lo que debemos esperar y temer del bello sexo.

«Doña Leonor, bañada en llanto, oyó de boca de Don Juan la fatal nueva de la partida. Su corazón sensible y tierno se estremeció de dolor al considerar las horas amargas de la ausencia que le esperaba; pero su dolorosa inquietud y su zozobra se aumentaron considerablemen-

(1) Véase el número anterior.

te, cuando salieron del labio de su amante algunas equívocas y encubiertas palabras, que hacían dudoso su regreso á Salamanca. ¡Cielos! exclamó, ¿qué me quieres decir con eso, Don Juan? ¿será posible que abandones á la muger que te ama, á la muger que se entregó á tu amor con la confianza mas generosa? El inconstante y altivo Avendaño contempló con desagrado y tibieza las amorosas lágrimas de su amante, y arrastrado por su condicion variable y audaz, cansado quizá de recibir el ciego tributo que diera á su seducción la malograda joven, le contestó con insultante frialdad, le aconsejó que se conformara con lo que la suerte disponia, le quitó con la mas fiera crueldad aquellas alhagüenas esperanzas en que ella fundaba su porvenir y su ventura, y sin alegar pretexto alguno con que justificarse se alejó del lado de la afligida Leonor, dejando envenenada su existencia. Don Carlos por el contrario habló á Doña Ana juntamente de su separacion y de su anhelado himeneo. En medio de su atormentador pesar, la idea de que un dia pudiera llamara suya, le consolaba; y animado de tan lisonjera perspectiva se separó de Doña Ana y se alejó de Salamanca con su amigo.

«Pasaron entrambos algunos meses en sus respectivas provincias, y volvieron despues á Castilla con el objeto de cursar en la Universidad el último año de la carrera. Don Juan habia olvidado á Leonor, y Don Carlos amaba mas que nunca á Doña Ana. Llegaron á un pueblo cerca de Salamanca é hicieron noche en él. La concurrencia de los viajeros era mucha, y los que venian de la ciudad se ocuparon, como siempre sucede, en dar noticias á los que iban á ella. Las que recibieron aquella noche los dos amigos, no dudo, Señores, que os sorprenderán. Por el relato de los pasajeros supieron que Salamanca habia sido teatro de dos acontecimientos bien contrarios. Doña Leonor era monja y Doña Ana se habia casado, aquella por no poder olvidar la traicion de Don Juan, y esta por haber hallado otro mas rico que Don Carlos.

«He aqui, Señores, lo que son las mugeres... aman al que las desprecia y olvidan al que las ama. Por eso no convine con vuestras opiniones; pues la historia de los dos estudiantes que acabo de referir, y que tan sonada fue en toda Castilla, nos prueba del modo mas concluyente que mas que rico, gallardo, ilustrado, caballeroso y atrevido le sirve al hombre para el bello sexo el ser desalmado y calavera. El amor propio de las mugeres se satisface y engríe con la sincera correspondencia, y su vana condicion las impele á buscar la gloria del vencimiento en donde hay mas obstáculos que superar.»

Cesó de hablar el historiador original y severo: todos los viajeros que le habiamos escuchado con la mayor atencion quedamos silenciosos y discursivos, y aplicando despues cada uno tan curiosa historia á los antecedentes de la esperiencia, conocimos que el doctor Gomez de Alvarado no iba fuera de camino en sus opiniones.

J. GUILLEN BUZARAN.

REAL MUSEO DE MADRID (1).

Lista de los pintores de quienes existen cuadros en este Museo.

HOVASSE (Miguel Augel). Nació en París á fines del siglo XVII ó principios del XVIII; fue discípulo de su padre Antonio Renato, y murió en España, á donde vino con el título de primer pintor de Cámara de Felipe V. —5 C.

IBIARTE (Ignacio). Nació en la villa de Azcoitia en 1620. Pasó á Sevilla, donde estudió en la escuela de Herrera el Viejo. Sobresalió en el paisaje, y ejecutó muchas obras de este género para el extranjero, en donde han sido siempre muy estimadas. Murió en 1685. —Escuela sevillana. —3 C.

JORDIENS (Jacobo). Nació en Amberes en 1594; murió en la misma ciudad en 1678, y fue discípulo de Adam Van-Oor y de Rubens —8 C.

JORDAN (Lucas Jiordano, ó). Nació en Nápoles en 1632; estudió en Roma en la escuela de Pedro de Cortona. Vino á España llamado por el Rey D. Carlos II, para el cual ejecutó multitud de obras. Murió en Nápoles en 1705. —Escuela napolitana —55 C.

JOUVENET (Juan). Nació en Rouen en 1644; fue discípulo de su padre Juan. Murió en París en 1717. —Escuela francesa —1 C.

JUANES (Vicente de). Nació en Fuente de la Higuera en 1523; estudió en Italia. Murió en Bocayrente en 1579. —18 C.

JULIO ROMANO (*Julio Pippi*, llamado). Nació en Roma en 1492; fue discípulo muy querido de Rafael de Urbino. Murió en 1546. —Escuela romana. —1 C.

KESSEL (Juan Van). Nació segun algunos en Amberes en 1626; pintaba flores, aves é insectos, y su estilo tiene bastante analogia con el de J. Brueghel. Murió en la ciudad de su nacimiento. —Escuela flamenea. —2 C.

LAFOSSÉ (Carlos). Nació en París en 1640; fue discípulo de Carlos Le-Brun. Murió en 1716. —Escuela francesa. —1 C.

LAGRENÉE (Mr. de). Pintor moderno cuya biografia se ignora. Solo se sabe que murió del cólera hace pocos años. —Escuela francesa. —1 C.

LANFRANCO (Juan). Nació en Parma en 1581; fue discípulo de los Caraccis. Murió en 1647. —Escuela ombarda. —6 C.

LE-BRUN (Majama). Nació en París hacia la mitad del siglo XVIII. —2 C.

LEONARDO (José). Nació en Calatayud en 1616; estudió con Pedro de las Cuevas. Murió en Zaragoza en 1656. —Escuela de Madrid. —2 C.

LIGLI ó LORIOS (Ventura). Ignórase el lugar y año de su nacimiento; sábese solo que estudió en la escuela de Giordano en Italia, y que el Duque de Bejar lo trajo de allí á España. —Escuela napolitana. —1 C.

(1) Véanse los números 40, 41, 43 45, y 48.